

Hacia el tercer milenio: el capitalismo globalizador y sus efectos*

Mario de Agüero Aguirre

Investigador de la División de Investigación de la Facultad de Contaduría y Administración, UNAM

Este final de milenio, siglo, década y sexenio deja una herencia y presenta enormes retos debido a los irreversibles cambios que se están gestando, puesto que ya no podemos retornar al pasado. Estamos viviendo en un mundo fascinante, retador y angustiante debido a la velocidad que la tecnología está imprimiendo en el cambio. Este proceso crea un gran desasosiego cuando se aprecia que el nuevo paradigma está generando grandes paradojas con un fuerte impacto económico y social.

Es incuestionable que estamos frente a un nuevo paradigma: la globalización económica. Este fenómeno se desarrolló a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, lo que afirmó la hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica en el llamado entonces “mundo libre”. A partir de la posguerra se empezó a generar un gran crecimiento de las empresas transnacionales. A raíz de la caída del muro de Berlín se dio el derrumbamiento del socialismo real y la desintegración del bloque soviético, con lo que finalizó la Guerra Fría que duró cuatro décadas. Con esto queda consolidado el poder hegemónico y unilateral de los Estados Unidos, y surge una nueva etapa del capitalismo, conocida como la globalización, lo que da pie al nacimiento de una nueva ideología basada en una economía irrestricta de mercados abiertos, con el fin de que los grandes grupos transnacionales de los países desarrollados —que poseen tecnología de punta, grandes recursos financieros y un dominio sobre

sus mercados— puedan penetrar en el resto del mundo sin restricciones nacionales.

Los ideólogos de este paradigma de la economía fueron en los que se apoyaron los grupos transnacionales bajo la égida de mercados abiertos, formando grandes oligopolios mediante megafusiones, lo que les da un mayor control de los mercados y de la tecnología; esto, aunado a los casi ilimitados recursos financieros, les otorga un poder que rebasa la capacidad de soberanía de la mayoría de las naciones, por lo que el concepto de estado-nación, entre otras cosas, está siendo transformado. Dentro de este grupo de profetas encontramos a Samuel P. Huntington, Milton Frieman, Kinichi Ohmae, Francis Fukuyama, Lester Thurow y muchos otros más.

Se pretende crear un nuevo sistema de organización mundial con la imposición de nuevas reglas sin que los países de la periferia, los subdesarrollados, tengan opciones, lo que representa un gran reto para la mayoría de los países que están siendo incorporados a este nuevo modelo de organización mundial en el cual se asigna un papel secundario a los gobiernos nacionales, quedando como simples instrumentos para asegurar la apertura y libre fun-

* Conferencia magistral dictada en el IV Foro Nacional de Investigación en las Disciplinas Financiero-Administrativas en la ciudad de México el 28 de octubre de 1999.

cionamiento de los mercados en un marco de total privatización de la actividad económica.

En este proceso, ya muy avanzado por cierto, no se respetan ni la soberanía ni la cultura de los estados-naciones. Simplemente, se impone la nueva forma de hacer y de ser, por lo que no podemos hablar de que en esta globalización se da un mestizaje propiamente dicho, y no sólo se está teniendo un impacto económico, sino también político y cultural de gran trascendencia. Se está promoviendo la culturización global mediante la cual se provoca un fenómeno de pérdida de la memoria histórica de los pueblos, el olvido de las tradiciones, la imposición de una lengua y la modificación de los hábitos de alimentación y consumo, los gustos y las diversiones, la organización familiar, todo orientado hacia el *american way of life*.

Este camino hacia la americanización se está dando a través de los medios de comunicación como la televisión, el cine, la publicidad, así como la música y las modas y el manejo de la imagen. El poder unilateral de esta gran potencia —en lo militar, la tecnología y la fortaleza— hasta estos momentos de su economía le permite someter a las demás naciones a su modelo como paradigma de la modernización y la eficiencia. Uno de los instrumentos más eficaces para lograr esta transformación es el manejo de los flujos de capital financiero en los mercados internacionales que premian y castigan a los países con economía poco desarrolladas y que dependen para su crecimiento del ahorro externo.

Esto establece una competencia feroz entre los que demandan capital financiero para hacer crecer sus economías, generándose cada vez un mayor grado de dependencia de ahorro y de tecnología. El crecimiento de la deuda externa de estos países, tanto privada como pública, se encuentra en un proceso de incrementos permanentes, lo que representa cada vez una mayor carga en las finanzas

públicas por el servicio de la deuda y, en consecuencia, se canalizan mayores recursos financieros que se distraen de los proyectos de infraestructura económica y social, lo que limita la posibilidad de crecimiento económico con desarrollo y la mejora en la distribución del ingreso y de los niveles de vida de los muchos millones de personas.

De acuerdo con los informes publicados tanto por los organismos de las Naciones Unidas como por el Banco Mundial, la concentración del ingreso en porcentajes, cada vez menores de la población, se va acentuando con el tiempo, por lo que existen cerca de mil trescientos millones de pobres en el mundo y se estima que en dos décadas y media esta cifra será superior a los dos mil quinientos millones. Esta concentración del ingreso se da a nivel país, sociedad y familia.

La gran paradoja de este “fin de la historia”, como lo profetizó Francis Fukuyama, es que los conflictos regionales siguen proliferando en todo el planeta, y el liderazgo del país más poderoso ha sido incapaz de encontrar una solución adecuada. A guisa de ejemplos se puede mencionar: India-Pakistán, los Balcanes, el Kurdistán, Sri-Lanka, Irak, Rusia-Daguestán-Chechenia, Israel-Palestina, Colombia, Taiwan-China, las dos Coreas, Irlanda del Norte, el País Vasco, así como los problemas políticos y tribales en varios países africanos.

Lo anterior ha generado grandes migraciones con toda la problemática y el sufrimiento humano que conllevan. En este contexto el concepto de soberanía y las normas de derecho internacional están cambiando en forma visible. El inmoral comercio de armas de los países productores hacia las regiones en conflicto promueve la violencia y la destrucción, aumentando el rezago de los pueblos y la miseria.

Este capitalismo globalizador no aplica juicios éticos en sus decisiones y profundiza en forma impor-

tismo: Chiapas 26%, Guerrero 24%, Oaxaca 23%, Hidalgo 17%; en cambio, las cuatro entidades que generan casi la mitad del producto, tienen índices de analfabetismo inferiores al 4%.

En los últimos 20 años, la economía del país creció en promedio un 2% anual, provocando entre otras cosas que la derrama de la actividad económica no sea pareja, ni sectorial ni geográficamente. Este fenómeno se acentúa mayormente cuando encontramos que en este crecimiento asimétrico del país se están formando dos México: el moderno y competitivo, el globalizado, hacia el norte; en cambio el otro, ubicado en el sur, está el de una economía rezagada con muy bajos niveles de desarrollo económico y altísimos niveles de pobreza y marginación.

Aquí surge otra pregunta ante este contexto: ¿qué tiene que dar la Universidad? La educación universitaria no puede permanecer inmóvil ante los retos que ofrece el nuevo capitalismo globalizador. El tercer milenio sellará el destino de la humanidad para bien o para mal. La nueva sociedad se está desarrollando a una velocidad mayor del cambio académico. Tenemos que reflexionar sobre la urgencia de una transformación de la institución universitaria en el marco de la nueva sociedad que se está gestando.

En el informe que presento la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI de la UNESCO, y felizmente titulado *Aprender: El Tesoro Escondido* (Education: Un Tresor est Caché Dans-1993) se afirma:

[...] definir la educación no sólo como se ha hecho hasta ahora, desde el punto de vista de su impacto en el crecimiento económico, sino desde la perspectiva más amplia del desarrollo humano. El mundo actual, con frecuencia de manera inconsciente, anhela, a veces sin expresarlo, un ideal y unos valores que podemos denominar "morales". Es la noble tarea de la educación alentar a todos y a cada uno a que, ac-

tuando conforme a sus tradiciones y convicciones y con cabal respeto al pluralismo, eleven sus mentes y su espíritu al plano de lo universal y, en cierta manera, se trasciendan a sí mismos. La educación tiene otros propósitos que el de proveer mano de obra calificada para la economía; debe servir para convertir a los seres humanos no en medios para el desarrollo, sino en la razón de ser de éste. La educación es un bien comunitario, un activo que pertenece a todos, que no puede ser regulado sólo por la fuerza del mercado.

Una universidad no puede conceptuarse como tal si sólo opera en la docencia, en la transmisión y difusión del conocimiento. La universidad actualmente tiene que considerar que es la investigación, la generación de conocimiento, lo que la define y a partir de la cual se desarrolla la docencia y la difusión de éste, en un proceso permanente y de apertura mediante el cual se forme un sentido crítico y un compromiso con la sociedad. La universidad no tiene como único cometido el preparar profesionales aptos para una demanda del mercado. La responsabilidad de la universidad va más allá y trasciende las fronteras de un eficientismo económico para ser instrumento de cambio para una sociedad más libre, más justa y más democrática.

Esto demanda un proceso constante de revisión y actualización de programas académicos, poniendo no sólo el énfasis en la transmisión de los conocimientos, sino también en el desarrollo de habilidades de comunicación e integración y capacidad de trabajar en grupos interdisciplinarios y policulturales. Dar más conocimientos para lograr una visión global. Aquí es donde la labor del claustro universitario debe tender a buscar soluciones.

El hombre nace con un destino, una misión que cumplir y que se va forjando en el caminar por la vida. Este destino se tiene que cumplir en un ámbito en el que impere la libertad y existan opciones de desarrollo y crecimiento, donde impere la justicia y el fin sea el hombre, sin restricciones y reduccio-

nismos a un concepto de simple *homo economicus*. No se trata de detener el proceso de globalización, este es irreversible, es la señal de nuestro tiempo. Pero si debemos trabajar para encauzarlo,

que se dé esta globalización con el desarrollo de la tecnología y una economía de mercado, todo esto junto, pero con sentido humano. 